A decorative border with intricate floral and scrollwork patterns surrounds the central text area.

**SUBLIME REACCION  
DEL INGENIERO FERNANDO  
ALDAMA BRANCAMONTE  
DE LA ROCA**

**POR EL**

**DOCTOR MANUEL DE LA VEGA ARANGO**

**SEGOVIA, 23 DE JUNIO DE 1936**

**PRIMERA EDICION**

**IMPRENTA EL ADELANTADO**



Dble  
A

SUBLIME REACCION DEL INGENIERO FERNANDO  
ALDAMA BRANCAMONTE DE LA ROCA

t. 175222

c.



SUBLIME REACCION  
DEL INGENIERO FERNANDO  
ALDAMA BRANCAMONTE  
DE LA ROCA

POR EL

DOCTOR MANUEL DE LA VEGA ARANGO

SEGOVIA, 23 DE JUNIO DE 1936

PRIMERA EDICION

IMPRENTA EL ADELANTADO

SUBLIME REACCION  
DEL INGENIERO FERNANDO  
ALDAMA BRANCA MONTE  
DE LA ROCA

FOR B.

ES PROPIEDAD

DEL AUTOR

DEPARTAMENTO DE LA VEGA ARANCO

BOGOTÁ, 25 DE JUNIO DE 1934

LIBRERIA KILGORE

IMPRESION EN BOGOTÁ

### A QUIEN LEYERE.

Mucho hicieron los que nos han precedido, pero no lo hicieron todo; mucho queda que hacer todavía, mucho quedará que hacer siempre y por luegos que sean los siglos, a ningún nacido le faltará ocasión de añadir algo. Esto, dijo Séneca, el filósofo de la antigüedad, y ésta, es la razón que he tenido al escribir este libro, pobre como todo lo que es mío, pero lleno de sinceridad; en él se desarrolla un poema de ciencia y amor y en él se ve reaccionar una inteligencia robusta y buena. Un amor, también crece, se desarrolla y termina en la unión de esas dos almas buenas y

limpias. ¡Que con este libro, sea yo tan dichoso que haga ver claro a muchas inteligencias a las que han envenenado doctrinas más o menos delectéreas. Que vean con claridad meridiana, las hermosas verdades de los verdaderos sabios. Las pasiones humanas, hacen horrores, pero para eso nos ha puesto Dios el cerebro en la parte más alta del cuerpo, para que regule, modere y enfrene las veleidades atáxicas del sistema nervioso y no nos ceguemos con espejismos falsos y ridículos como el Bacthybius del naturalista inglés Huxley, que se puso en ridículo puesto que en 1879 Allman, presidente de la Asociación británica reunida en Sheffield, renovó la leyenda del Bathybius y felicitó a Huxley por su descubrimiento! Dice Harlaz, catedrático de la Universidad de Lovaina, que el tan cacareado Bacthybius Psatlyus,

quedó para siempre en ridículo, pues nada menos que le consideraban como al principio y ser de la vida no siendo más que un poco de sulfato de cal que se producía cuando se mezclaba agua de mar con alcohol en exceso. Conque ya lo saben los lectores, estén muy en guardia, pues contra estos delirios de algunos que se llaman sabios, y, manos a la obra.

Realidades, no fantasías, forman la ciencia que es la verdad, y no gusta de fantasías, porque la empequeñecen y desacreditan.

Verdad, verdad, y nada más, la razón así lo pide, la seriedad también, pues ¡fuera con todo lo que no sea limpio y transparente, fuera con delirios grotescos, fuera también con ilusiones más o menos peregrinas de inteligencias averiadas! Luz y claridad, serias

teorías, no utópicas sino positivas y reales, verdades, no mentiras, estados normales no patológicos, así debieran ser los cánones augustos de la ciencia, ¡así se la honra, así se la purifica, así se la ensalza y da gloria ! Honremósla y engrandezcámosla.

Fernando Aldama y Bracamonte de la Roca, es un muchacho equilibrado, listo, educadísimo, de inteligencia próspera y de maneras distinguidas. Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos, hizo la carrera con gran brillantez y es modelo acabado de estudiantes. Sus padres don Frutos Aldama y doña Elvira Bracamonte de la Roca, eran un matrimonio modelo por sus virtudes cristianas, por sus delicados sentimientos, por todo. Tenían una espina en el alma, su hijo único, Fernando, no era como ellos le quisieran ; sin ser impío, era algo es-

céptico y poco amante de la Religión. Había estudiado mucho, pero sus autores predilectos fueron materialistas, racionalistas y Darwinianos. Aristóteles, Lenniz, Voltaire, Ruseau, sin ser sus predilectos, hojeaba sus obras. Le'Dante no le era muy simpático ; Spencer, Comte, Darwin, y que tantos cerebros han trastornado con sus ilusorias teorías, entretuvieron largas horas a nuestro ingeniero. Positismo, darwinismo y evolucionismo, venenos mortíferos fueron para él. En sus conversaciones con hombres científicos, se mostraba erudito y hacía la apología de los pseudo sabios. ¡Una pena, una verdadera pena nutrirse con este pasto deletéreo y perturbador ! Es una verdad que la ciencia es una gran cosa, pero que ha hecho desgraciados a muchos. La antropología criminal, con sus representantes y

defensores, tales como Thomson y Maudsley en Inglaterra, Benedikt en Austria y Tarnowski en Rusia, propagaron sus errores. Kant, Haeckel y Vogt y otros evolucionistas, sancionan con sus teorías delirios utópicos. ¡Un dolor! ¡Cuántas veces pensaba: el azar o la feliz casualidad, la necesidad mecánica, la finalidad inconsciente. La evolución, la Biología, el Determinismo que tanto enloqueció a Dorado Montero, de triste recordación, catedrático de Salamanca, y cuyas teorías alarmaron a sus discípulos, que fueron a pedir amparo al sapientísimo obispo de Salamanca, en aquel entonces reverendo Padre Fray Tomás de la Cámara y Castro, el que escribió un libro que llevó la tranquilidad a los estudiantes y les señaló la regla de conducta que habían de seguir. El buen Fernando Al-

dama se enteró de esto y le preocupó grandemente. Leyó con avidez la obra del célebre obispo agustino y también la del Padre Mendive, que hizo reaccionar su espíritu y le encaminó por el verdadero sendero. El Universo, se decía, no se ha podido hacer a sí mismo, tuvo un creador, y éste no puede ser otro que Dios. ¡Abajo, pues, las teorías perturbadoras de los pseudo sabios, abajo los delirios de éstos ! In principio creavit Deus cælum et terram et. Oigamos a Fray Luis de León :

Los cielos dan pregones de tu gloria,  
Anuncia el estrellado tus proezas,  
Los días, te componen larga historia,  
Las noches, manifiestan tus grandezas.

Newton se eleva al contemplar la grandeza de Dios en sus obras, se extasía, se llena de entusiasmo por el Crea-

dor. Kepler, otro sabio de verdad, hace lo mismo, y Ampere se expresa en idéntico sentido.

Fernando Aldama lee con avidez las obras de los genios inmortales, de los verdaderos sabios, y se va llenando de fe su alma ; ya desprecia las teorías de los agnósticos, de los monistas, de los Darwinianos, de los Krausistas, de los Hegelianos, ya le parecen utopías lo que antes eran para él verdades inconcusas ; el cerebro humano tiene funciones y misterios capaces de enloquecer al hombre sano, tiene cualidades extraordinarias imposible de clasificar.

Legouvé, en «Fleur d'hiver», dice :  
«Quiero daros un raciocinio, porque bien vale la pena de aprenderlo de memoria.

»Este mundo, o es obra de Dios o del azar. Os reto a que rompáis ese círculo

de hierro: es un dilema invencible y sin tercer término. Ahora bien: si Dios es incomprendible, el azar es imposible. Dios supera mi razón y la confunde; el azar la subleva. Nada más fácil de demostrar como la no existencia del azar, pues basta ver sus efectos. Su carácter perpetuo y dominante es la irregularidad. De él no salió jamás cosa continua. La palabra que mejor se opone al azar es la de sucesión. Jamás se ha de sacar veinte veces seguidas al azar un mismo número; y si veinte veces se echan los dados, imposible es que formen siempre la misma combinación. Ahora bien, la Naturaleza, desde hace una infinidad de siglos, está sacando el mismo número y formando la misma combinación de dados.» ¿Qué dice este razonamiento indiscutible? ¿Qué? Que hay que ser ciego para no rendirse a la evidencia.

No recordamos quién de nuestros grandes sabios dijo: «Es curioso que los que no quieren admitir la eternidad de Dios, admiten la eternidad de la materia.»

¡La generación espontánea! Otro misterio que deja de serlo como dejó de serlo también el Darwinismo y el evolucionismo. «Hay que escoger, dicen, entre Dios y la generación espontánea. Y aunque todo parezca estar en pugna con la tal generación, sin embargo hay que admitirla de todos modos, porque es el único medio de librarse de la creencia en Dios. Cosa es tan clara, que ni materialistas ni ateos ponen empeño en ocultarla.» «Quien no cree en la evolución secular de la materia inorgánica, forzosamente ha de creer en el milagro.» Y, si mal no recordamos, añade el mismo autor en otra parte: «Pero si

no se admite como probada la generación espontánea, no tenemos más remedio que ir a la Iglesia romana.»

¡Qué consolador es esto! La generación espontánea quedó ahogada para siempre por Pasteur ante la experiencia que hizo este sabio verdadero ante la Academia de Ciencias de París.

De modo tan evidente probó Pasteur que la generación espontánea era una quimera, que no dejaron lugar a duda sus experiencias ante la referida Academia. «Al oír Paggiale, que no tenía formada opinión acerca de la dichosa generación espontánea, replicaba el gran Pasteur indignado: Yo, sí, y opinión no de presentimiento, sino fundada en razones; porque he adquirido el derecho de tenerla después de veinte años de trabajos asíduos, y será cordura para toda persona imparcial el abra-

zarla.» «Mi opinión, añadió, mejor dicho, mi convicción, es que en el estado actual de la ciencia, la generación espontánea es una quimera. Os será imposible contradecirme, porque todas mis experiencias están en pie y todas prueban, repito, que la generación espontánea es una quimera.» Posteriormente, Tyndall ha demostrado lo mismo.

Y añade el doctísimo Padre Cámara :  
« ¡Transformistas ! Si vuestro único axioma es falso y la materia no puede engendrar la vida, ¿dónde está el principio de las transformaciones ? » Esto es aplastante, contundente. ¡ Así son los argumentos de los verdaderos sabios enfrente de las manifestaciones falsas de sus teorías ! Ni una palabra más. Guibert dice : « En el principio, Dios creó la materia y la energía bajo la forma más primitiva, con la capacidad de

evolucionar hacia el estado actual.» Todos los espiritualistas están conformes y unánimes sobre este punto, desde Kant y Descartes a Faya, Wolp P. Secchi y T. Moreux ; es imposible precisar el estado de la materia y de la energía primitiva. Cada uno de ellos es la resultante de acciones innumerables.

Fernando Aldama, cuando leyó los trabajos de Pasteur ante la Academia de Ciencias de París, reaccionó de tal modo, que se adentró su espíritu observador en las profundidades científicas, de tal modo, que no volvió a titubear sobre la generación espontánea. Leyó también la Apologética científica del tres veces doctor segoviano don Ildefonso Rodríguez y Fernández, catedrático de Historia de la Medicina, que se estudia en Madrid en el doctorado. Sus razones fueron de tanta monta, que le

convencieron hasta la evidencia a nuestro joven ingeniero.

El difunto profesor don Ildefonso Rodríguez remachó el clavo de lo que había leído Fernando. El triunfo fué completo.

Por aquel entonces andaba enamorado Fernando de una muchacha hermosa de veras, y lista, cristiana a machamartillo y de temperamento vehemente. No hizo mucho caso a Fernando en un principio, porque había llegado a su noticia que el ingeniero era un poco escéptico ; le trató, conversó con él, discutió, y, en una palabra, se adueñó de tal modo del alma de Fernando, que luego, andando el tiempo, se fundieron en una sola. Elena de Floresta era su nombre, hija única de don Valentín de Floresta, que adoraba en ella ; conquistó la naturaleza no rebelde de Fer-

nando y llegaron a entenderse. Sus idilios amoroso-científicos, hicieron palpitante sus corazones enamorados ; fueron amores dulces, honestos y, por qué no decirlo, científicos también. Pasaban largas horas conjugando el verbo amar, se enloquecían uno al otro, se llenaban de ternuras infinitas, y realizaron milagros. Elena era amiga íntima de María Gorría, esposa del que esto escribe, y con el que vivió más de treinta años, haciéndole feliz como no habrá habido otro en la tierra, porque María Gorría era un talento, una mujer de clarísima inteligencia muy cultivada, y además poseía un corazón de oro.

Elena y María Gorría se comunicaban mutuamente sus cuitas ; hablaban la una, de su Fernando, y la otra, de su Manuel ; María Gorría que, como Elena, era cristiana de verdad y cristiana

práctica, como lo fué en caridad, pues daba limosnas copiosas y en el mayor silencio. Nunca supo su mano izquierda lo que daba la derecha. Es más, lo mismo socorría al bueno que al malo ; profesaba la doctrina del Evangelio y seguía las inspiraciones de San Pablo el Apóstol de las gentes. ¡Buena pareja hacían las dos amigas ! ¡Y qué amistad la suya, qué amorosos afectos se profesaban, con qué dulzura se trataban ! Hablaban constantemente de sus padres, de sus caballerosos padres don Frutos Aldama y don José de Gorría, caballeros de veras ; uno, diplomático y segoviano, y otro, profesor doctísimo de Matemáticas, y tuvo en Segovia la principal Academia preparatoria para ingreso en la de Artillería. Dos hombres de los que infundían tranquilidades, versadísimos en cuestiones científicas,

pensadores profundos, peritísimos en cuestiones sociales y ambos talentudos de los que tenían en su cerebro toda la luz de un sol meridional. Cuantas personas les trataban, quedaban encantadas de oírles; eran eruditos, afables, caballerosos, dignísimos.

Fernando deliraba por su padre y María Gorría por el suyo. Ambos murieron, ambos dejaron este mundo, y los dos se fueron a mejor vida dejando a sus hijos únicos en edad de tomar estado y en buena posición económica. ¡Mucho lloraron su pérdida, mucho se adoloraron el par de adolescentes con la pérdida de sus progenitores!

María Gorría se casó primero que Elena, en Segovia e iglesia parroquial de San Andrés; ella era segoviana y quiso celebrar su boda en Segovia. Se marcharon a vivir a Madrid, pero al

poco tiempo volvieron a Segovia y vivieron en el ex convento de Capuchinos veintidós años, y, por último, vivieron en la casa número 13 de la plaza de San Esteban ocho años. Allí murió María Gorría la buena, la que honró su sexo con sus virtudes cristianas excel-sas, la que no cometió nunca un pecado mortal, la mujer ideal a la que adoró su marido como a persona divina. ¡Benedita sea su santa y dulcísima memoria !

Elena y Fernando se casaron en Pedraza de la Sierra, en esta provincia de Segovia, donde el padre de la primera tenía hermosas fincas y donde nació. Otro matrimonio modelo ; ellos se querían como María Gorría y Manuel ; ellos vivían con un solo corazón ; ellos se entendían perfectamente. Sin padres (pues también las madres de ellas murieron), fueron espejos vivos de las virtudes

cristianas, cívicas y sociales de sus padres. En todo se les parecían. Elena tuvo una niña que era un primor, María ; no tuvo sucesión. La primera vive con su marido llena de vida, se adoran y aman a su hijita Elisa con amor tiernísimo.

Fernando es hoy un hombre creyente hasta no más. Se acabaron los agnosticismos, los monismos, los transformismos, los Darwinismos y todos los ismos perturbadores. Va a misa y a comulgar diariamente con su Elena, educan a su niñita cristianamente y, en una palabra, gozan de una paz encantadora.

¡Cuántas veces recuerda Fernando sus horas de error, mejor dicho, de equivocación. Darwin, Tyndall, Kant, Volter, Rousseau, Laplace, Bufón, Faye, Wolf, Poggiale, Draper, Jehlegel, ocupaban su tiempo y llenaban su lumino-

so cerebro de tinieblas. Hombres como Moreus, Flammarión, Herman, Begourdan, Poincaré, A. Schuster, Arrhénius, Beranger, Hetinger, Pozzi, Ardecin, Lavaud, D'Huslest, Senunger, le hicieron pensar, se empapó en sus doctrinas y evolucionó hacia el Norte, en vez de hacerlo a Poniente. Nuestro Fernando Aldama se fundió de nuevo, se cambió por completo. Dios creó el cielo y la tierra y todo viviente. ¡Dios es el bien, Dios es el dueño absoluto de nuestras inteligencias, Dios es todo ! No se le puede comprender; el que pretenda penetrar en los arcanos de Dios, le sucederá lo que al ojo atrevido que quiere investigar lo que hay en el sol, le cegará su resplandor. *Cœli enarrant gloriam Dei, et opera manuum ejus annuntiat firmamentum.* No se puede concebir que un palacio se haya hecho sin un

arquitecto ; esto es imposible. Las nebulosas, las estrellas, todos los astros, todos los mares. Los continentes, los valles, los ríos, las montañas, la inmensidad del mar, todo, proclama un Hacedor supremo que rige y gobierna los mundos por El creados. ¡Sublime es la creación, grandiosa, imponente !

Todas las hipótesis cosmogónicas, antiguas y modernas, de Laplace, Fayé, Du Lingardes, F. Darwin, Norman, Lockeyer, M. Schuster, M. Lee, M. Belot, Abate Moreux, Svante, Arremios, son más o menos espaciosas, pero la creación es obra de Dios.

Los argumentos contra la evolución del darwinismo, el monismo universal de Spencer. Los argumentos opuestos a la tesis del evolucionismo materialista Darwin, Fackel, Bomames, La Dantee

todos son lo mismo, todos se estrellan ante Dios.

Los cosmogónicos, los delirios de los antropólogos, el poligonismo, el monogenismo, se compenetran en sus manifestaciones, pero también se estrellan ante la magestad augusta de Dios. Dios es el que es, y como decía el gran poeta español Zorrilla: No hay más que un sólo Dios. El sólo es grande, sólo infinito, omnipotente sólo. Nada hay que para ser no le demande licencia. El premia la virtud y el dolo. El premio envía, y el azote blande. Y cosa no hay por elevada y honda, que a su mirada universal se esconda. El nombre augusto de Dios dilata el corazón, le eleva, le magnetiza. Con el alma henchida de afectos, se levanta el hombre bueno y ante su majestad soberana se abisma y

se enajena. Dios es el polo magnético que atrae a las almas y las lleva a sí.

El amor es ese fuego intenso que sale del alma y quema con su calor las pasiones bastardas; el amor tiene misteriosas atracciones subyugadoras que arrastran. San Agustín, el más sabio de los santos, y el más santo de los sabios, decía: «Fecisti nos Domine at te, et inquietum et coor nostrum donet requiescat y te». ¡Sólo Dios basta, debemos exclamar con la gran Santa Teresa de Jesús, sólo Dios basta! Sí y ante Dios, de rodillas todos, sabios e ignorantes. In printipio, creabit Deus œlum et terram. Todo lo creó para el hombre, todo lo dejó a su arbitrio y para él dió vida y ser a todo lo creado. La sucesión de las creaciones, los crepúsculos matutino y vespertino, los volcanes, los montes, los árboles, las infinitas variedades de plan-

tas de Lignio, los medicamentos. «Altisemus creabit de taerra medicamenta, et vir prudens, non aborrebit illa». Sí; el Altísimo crió de la tierra los medicamentos y el varón prudente no los desechará. ¡Qué inmenso es Dios, qué providente! ¡Y todavía negarán su existencia los materialistas y ateos! ¡Infelices, ilusos, desgraciados!

Newton dice: «Todos los movimientos regulares de los astros no traen origen de causas mecánicas. Este orden admirablemente bello del sol y de los planetas y de los cometas, sólo puede venir del plan y de la soberanía de un ser inteligente y poderoso.» ¡Qué salmos, qué himnos, que cosas sublimes inspira Dios; esos raudales de luz del sol, de la luna y de las estrellas, esa serenidad de las noches estivales, la auro-  
ra con su nacarino color, la caída de la

tarde, la azulada bóveda del cielo, qué más ! Pues todo esto nos habla de Dios, nos le muestra majestuoso y providente, nos brinda a amarle y a adorarle.

Todas estas cosas, pensaba Fernando Aldama, al lado de su Elena y con la niñita en brazos; el simpático matrimonio sentía amores y fervores inefables hablando de Dios. Los corazones latían al unísono y se inflamaban de amor a Dios. Volcanes eran sus almas, una poderosa fuerza les impulsaba a pensar en el que hizo todas las hermosuras del cielo y de la tierra, y le arrastraban hacia la majestad infinita del buen Dios amor de amores y protector de todos.

Por las tardes, se bajaban al jardín de su casa y allí sentados oían el canto de los pájaros, el murmullo del agua y se saturaba su olfato de los efluvios primaverales. Juntos leían libros, de esos

que son bálsamo y néctar para el espíritu y se extasiaban en la contemplación de tanta poesía. Recordaban a su buena amiga María Gorría, que pasó por el mundo haciendo bien. Elena contaba a Fernando que María Gorría dió para una necesidad dos mil pesetas y, volviéndose a su marido, le dijo: Para la cuenta corriente del cielo. ¡Qué te parece, Fernando; era buena María! ¡Qué amigas tan íntimas fueron, cómo se compenetraban sus almas buenas! Cuando murió María Gorría, Elena se llenó de penuria interna, a todas horas se acordaba de ella, de sus virtudes, de su corazón. Sufrió horriblemente, porque se la había ido del mundo una amiga de imposible sustitución. María, decía ella, no conoció el egoísmo, tenía virtudes de santa, no la extrañaba que su confesor dijera de María que nunca

encontró en ella materia que hiciera necesaria la absolución. ¡Sí fué santa, si no tenía dolo, si amaba a Dios con ternura infinita!

Elena y Fernando hablaban de María Gorría con verdadero respeto. Comprendían la pena inmensa de su marido, veían claramente que aquella alma tan excepcional estaría en el cielo. Muchas tardes, iban al camposanto del Angel de Segovia y en el número 80, 5.<sup>a</sup> galería del primer patio, estaba el nicho donde reposan los restos de María, y en la lápida que tiene el Sagrado Corazón de Jesús bendiciéndola, decía: Aquí yacen los restos mortales de la virtuosísima señora doña María Gorría de Vega. Descansó santamente en el Señor el 21 de Marzo de 1930. ¡Con qué fervor rezaban por ella, cuantas lágrimas derramaron los dos! Sentían en

su corazón fuertes sacudidas y la ofrendaban oraciones salidas del alma. Las lágrimas son la sangre del alma, dijo Selgas, y los ojos, hablan con ellas el tiernísimo idioma del sentimiento. Del sentimiento, y grande, que le tenían Elena y Fernando. ¡Qué vida ésta, decían, cómo se nos van las almas buenas!

¡Quién había de decir que nuestra adorada María Gorría iba a morir ahora! Con todas sus amistades hablaban de María, a todas les contaban las ternuras y delicadezas de su espíritu, de su caridad, de su educación, de su talento, de sus cualidades excelsas. ¡Cómo recordaba Elena la conversación tenida con ella cuando estaba en amores con su Fernando! Ambas amigas, se comunicaban mutuamente sus cuitas y se consolaban una a otra, y se alentaban

para la consecución de sus fines. ¡Se acabó María Gorriá ! Ya no está en su jardín, cogiendo flores que eran su encanto ; ya no vuelve a sentarse debajo del tilo, ni en la piedra que mandó poner abajo en el arriate, desde donde veía el ex convento de Capuchinos, donde ella vivió con su padre, y después veintidós años con su marido. Ahora vivía en la casa número 13 de la plazuela de San Esteban, que con tanto gusto compraron, que hicieron gran obra, y que la disfrutó ocho años. Aquel jardín, aquel vergelito, era su entretenimiento inocente, su embeleso. El olor a rosas y a madreselvas, el perfume aromado de la celinda, la encantaba. ¡Pobre María, ya no está en su casa, ya no está con su marido Manuel, ya se fué al cielo ! ¡Qué angustiosa y terrible pena !...

Elena y Fernando tenían por María Gorría verdadera pasión, sentían por ella una especie de locura, porque sabían lo mucho que valía, porque era para ellos como una hermana. ¡Y cómo quería a su Elisita, a aquella criatura tan bonita, con los bracitos al aire, con su delantalillo blanco con puntitos malva; cómo la besaba; cuántos juguetes la compraba María Gorría, la buena!...

El matrimonio Elena y Fernando tenían un temperamento artístico, les gustaba Segovia mucho, por ser su tierra; es decir, la de su Elena y la de sus padres. Hablaban de los templos románicos de Segovia, sobre los que escribió un libro el gran cronista de Segovia y el erudito excelentísimo señor don Carlos de Lecea y García, hombre de antigua cepa segoviana y gran conocedor de los rincones de Segovia. Ya

murió también, le sustituyó don Ildefonso Rodríguez y Fernández, del que hablamos antes, hombre sabio, doctor en las facultades de Filosofía y Letras, en Sagrada Teología y en Medicina ; catedrático de la Facultad de Medicina de Madrid del doctorado. Parecía un profeta con aquella barba blanca tan bien cuidada, explicaba su cátedra con gran competencia y supo hacerse querer y respetar de profesores y alumnos. También era segoviano y, como don Carlos Lecea, sabio y caballero hasta más no poder. Ya murió también don Ildefonso, a los ochenta y seis años, sin enfermedad. Fué autor de muchas obras, entre ellas la «Apologética científica», que tanto bien hizo a Fernando Aldama, con sus doctrinas.

No quedan ya en Segovia estos hombres próceres, que honraban su tierra

y se honraron a sí mismos. Se acabaron ya ; pocos, muy pocos quedan que merezcan el nombre de buenos y cristianos caballeros.

Don Carlos de Lecea también escribió varias e importantes obras. Otro gran segoviano murió también hace tiempo: don Tomás Baeza y González, doctor en Teología, buen orador y excelente escritor de cosas de Segovia. Su biblioteca la dejó a la Catedral de Segovia. Trabajó mucho por su ciudad ; él era de las Lastras de Cuéllar, en esta provincia de Segovia y murió ya viejo, de deán de la Catedral. El que esto escribe se honró con la amistad de estos tres excelentes segovianos y conversó con ellos acerca de Segovia, sus monumentos y sus cosas notables. De estos hombres buenos y sabios hay que hablar con elogio, porque lo merecieron

y son dignos de respeto y de que se conserve con cariño su memoria. Don José de Gorría, padre político del que escribe, fué artillero prestigiosísimo ; hubiera sido general de División si no se hubiera retirado. Tenía alma de niño y cerebro de sabio, fué el prototipo de la caballerosidad y la hidalguía. Era amigo íntimo de Castelar y ambos reorganizaron el Cuerpo de Artillería. Don José de Gorría inculcaba a sus alumnos sentimientos de caballerosidad, les hablaba al alma y les hacía llorar. Maestro dulce y bueno, pero enérgico. Nunca pasó por movimiento mal hecho. Así es que como era la misma justicia, todos le querían. Sus criados le adoraban y sus compañeros de Arma tenían en él un defensor constante y un amigo entrañable, al que fué profesor de la Aca-

demia de Artillería. ¡Buena estela de bondades dejó!

Hubo en Segovia en lo antiguo hombres notables por sus cualidades científicas; un Domingo de Soto, dominico, hombre de santidad y de saber, hasta el punto que se decía de él en Salamanca y en todo el mundo científico: «Qui scit Sotum, escit totum». El que sabe a Soto, lo sabe todo. Discutió en el Concilio Tridentino con Lutero y el hereje le presentó un argumento tan largo, que aun él mismo no se acordaba y acaso se gloriaba de que Soto por eso no le contestara; dice el doctor Baeza González que no le salió bien la treta, porque el segoviano Soto le repitió palabra por palabra, en términos, que hizo exclamar a Lutero: «Laudo memoriam», a lo que contestó Soto con notable oportunidad y acierto: «Expeta paulisper,

et laudabit ingenium». El doctor Andrés Laguna, médico de Julio II, caballero de la espuela de oro, conde palatino, se distinguió extraordinariamente en Congresos y Asambleas, poseía muchos idiomas: el griego, el hebreo y el latín, le eran familiares. Entre otras obras, son célebres los comentarios a Pedacio Dioscórides de Anazarbeo, sobre la materia medicinal y venenos mortíferos de fama mundial, cuya obra recorrió el mundo entero. El mismo hizo las láminas de multitud de plantas medicinales y añadió otras muchas anotaciones peregrinas. Los monarcas le consultaban y los sabios de entonces le oían como un oráculo. Grande fué Andrés Laguna, honra de la Medicina y de su patria.

En los tiempos modernos, brillaron el doctor Pedro González de Velasco,

fundador del Museo Antropológico, de Madrid, gran anatómico y fisiólogo este segoviano, también fué lumbrera de la Medicina y de su patria. Más tarde, el doctor don Eusebio Castelo Serra, igualmente segoviano, fué especialista célebre en las enfermedades venéreas, director del Hospital de San Juan de Dios, de Madrid y presidente de la Real Academia de Medicina. Cuando estaba gravemente enfermo el padre del emperador de Alemania, su hijo Guillermo mandó avisar al doctor Castelo y celebró una consulta con los médicos del emperador, y como era un gran latino, hablaron en latín. El que esto escribe se honró con su amistad y recibió de él grandes y buenos consejos. Era, además, poeta y elegante escritor. Lástima que no escribiera algo de su especialidad. Son notables las cartas gine-

brinas que publicó en «El Siglo Médico», de Madrid, muy alabadas y estimadas. En la casa que nació en Segovia hay una lápida que dice: En esta casa nació el doctor don Eusebio Castello Serra, hábil cirujano y afamado sifilógrafo. El Ayuntamiento, por la ciudad, le dedica este homenaje. Se puso esta lápida y la descubrió públicamente el entonces digno alcalde de Segovia don Mariano Llovet Castelo, primo del doctor Castelo, y farmacéutico acreditado.

Es consolador recorrer la larga lista de hombres grandes que ha habido en Segovia, así en las Letras como en la Medicina; en la jurisprudencia, en la Medicina y en el campo de todas las ciencias. El doctor don Tomás Baeza, ya nombrado, escribió un libro que se titula «Escritores segovianos». Ultima-

mente don José Mayo, venerable sacerdote y rector del Seminario Conciliar de Segovia, fué un sabio profundísimo, no sólo en Teología, sino en Matemáticas. Alguna vez le llevaron los profesores de la Academia de Artillería problemas matemáticos que él resolvió admirablemente, quedando todos encantados de sus talentos. El doctor Rodríguez, también mencionado ya, hizo una hoja homenaje describiendo lo que llevamos dicho. Ya muy anciano, hizo oposición a la canongía lectoral de Segovia y la ganó. Esto prueba la lozanía de su inteligencia, a pesar de sus muchos años. El que esto relata le visitó en consulta como médico, y pudo apreciar que desgraciadamente el buen don José Mayo se moría sin enfermedad; es decir, se moría de los extragos de los

años, porque la arterioesclerosis acabó con tan preciosa vida.

Por último, el doctor don Juan Antonio González, tío del doctor don Tomás Baeza, fué penitenciario de Segovia, por oposición ; era un orador formidable, no se pueden contar los sermones que predicó, jamás se negaba a las invitaciones al púlpito. Le ocurrió más de una vez subir a la sagrada cátedra con calentura. Sus sermones y homilias eran un dechado de elegancia, embellecía la verdad y enardecía el sentimiento ; no era de los que se predicaban a sí mismos, sino que lo hacía evangélicamente. Murió muy anciano y en el palenque, pues hasta sus últimos días predicó con grandísima elocuencia y satisfacción de su conciencia estrecha.

Fernando Aldama se deleitaba leyendo las cosas de sus sabios paisanos. Su

padre, cuando vivía, le contaba sentado en un butacón allá en su casa solariega de Pedraza de la Sierra, sus amistades con algunos de estos grandes y prestigiosos segovianos, principalmente con el bendito don José Mayo, que era tan sencillo como sapiente. Don José se había criado en su pueblo natal, Fuentepiñel, en esta provincia de Segovia, y le refería su progenitor que don José era también poeta ; escribió un libro de versos lleno de erudición y de elegancia. ¡Qué bueno fué don José Mayo, qué austero, qué recto, qué espiritual ! Cuando era rector del Seminario, vigilaba los estudios y la conducta de sus colegiales ; les hablaba de su futura misión en la cura de almas y les aleccionaba para las lides sacerdotales. En la Catedral, cuando tomó posesión de la lectoral, ganada honrosamente,

los canónigos, sus compañeros de coro, le respetaban y agasajaban, porque veían en él un mentor y un hombre de consejo. Los prelados le distinguían y todos se esforzaban en decirle elogios. Don José, como era tan humilde, no gustaba de esto, y les decía: ¡callen, callen!, que me van a hacer vano, y no quiero que el demonio se ría de mí.

Era muy alto y algo desgarbado; la sabiduría no le enorgullecía, antes al contrario, él se consideraba hombre de poca cultura.

Para terminar, hablaré de los dos hermanos fray Claudio y fray Antonio Sancho, dos dominicos exclaustrados, de gran sapiencia, sencillos, caritativos, observantes, piadosos y de extraordinaria habilidad; ellos se cortaban los hábitos, ellos arreglaban su casita modesta y limpia. Tenían un ama de go-

bierno que se llamaba Angelita y era la misma limpieza y muy ordenada. Veneraba a sus señores que, aunque exclaustrados, seguían la regla de su gran Padre Santo Domingo de Guzmán. Uno, era ecónomo de la parroquia de la Santísima Trinidad (fray Claudio), y fray Antonio, capellán de las monjas de Corpus, ambas de Segovia. Murieron llenos de merecimientos y queridos hasta de los de la cáscara amarga. Dos venerables varones eran los hermanos Sancho. Fray Claudio era más sabio, fué Padre-maestro en la Orden, título que equivalía al de doctor. Fray Gregorio, párroco de San Martín, de Segovia, era también otro dominico exclaustrado, varón de Dios muy observante y piadoso. Su caridad le llevó hasta el extremo de que un día que hacía mucho frío, al entrar en su casa rectoral, le pi-

dió un pobre una limosna y dentro del portal, se quitó los pantalones y se los dió al pobre. Cuando su ama de llaves, la bonísima Mariana lo supo, le dijo: Señor, ¿para qué hace eso? y el venerable varón contestó: ¿no dió San Martín la capa al pobre? ¡Pues qué tiene de particular que yo le dé mis pantalones! Para bendecirle era aquel buen señor. Tanto fray Gregorio como los hermanos Sancho, murieron de viejos y sin enfermedad. ¡Cómo le gustaba a Fernando Aldama oír contar estas cosas a su caballeroso padre. Amigo fué éste de don José Mayo, de los hermanos Sancho y de fray Gregorio. ¡Dios les tendrá en su santa gloria, pues fueron justos en la tierra, y es de creer que ahora sean santos en el cielo.

Confortado estaba Fernando Aldama al leer autores como Sahousse, Guilleux,

Allard, Vaffelaer, Brucker, Barré, Leclere, Harlez, Hamard y Terrasse. Había recorrido su poderosa inteligencia todas las ciencias Ortodoxas y Heterodoxas ; se había empapado en las cuestiones científicas a conciencia. Todos los temas antropológicos con el monogenismo y el poligenismo, los trabajos de Bouquet de Perts, en fin, todo lo absorbió con verdadera ansiedad de su mente escudriñadora. Consideró fracasado el darwinismo, el monismo, el agnosticismo, la generación espontánea, los sueños de Husley acerca del Bacthybius y los ilusorios criterios de estos hombres sabios pero ilusos que pretendían tener en su poder nada menos que el origen y causa de la vida orgánica.

Draper, autor americano (al que impugnó tan sabiamente el doctísimo Padre Tomás de la Cámara y Castro), le

era sencillamente antipático por su mala fe; no iba por el camino recto, como otros sabios que, aunque equivocados, tenían seriedad y sinceridad científica. Le Dantee, sí que se declaró su enemigo, porque era hombre de gran prestigio entre la gente atea y no logró nunca convencer a nadie con sus doctrinas harto envenenadas.

Comte y Spencer, trastornadores de cerebros, tenían una clientela bastante numerosa y no podía sustraerse a caer incautamente en sus redes, antes al contrario.

Thomson y Maudsley, ingleses, y Benedikt en Austria, tenían elementos fascinadores, y lo mismo el ruso Tarnowski. Ninguno de ellos triunfó, sin embargo; todos, más o menos, hubieron de claudicar y sentir el fracaso de sus fantasías.

La degradación de la energía, el origen de la vida, el azar y la casualidad, la finalidad inconsciente, la necesidad mecánica, la evolución, la Biología, etcétera, hacían ver con claridad meridiana a nuestro simpático ingeniero Fernando la razón de los sabios ortodoxos y, principalmente, Guiberts, que tan magistralmente trató estas materias importantísimas. Leibnitz era uno de los filósofos más racionales y peregrinos que leyó Fernando, y le consideraba hombre sincero y de seso; no tenía sofismas, ni trató jamás de imponer sus opiniones. Era serio como hombre de ciencia y veraz en sus manifestaciones. Todos los sistemas filosóficos antiguos y modernos le eran conocidos, y lo mismo los autores de las ciencias naturales. Tenía, pues, un arsenal inmenso de conocimientos prácticos que le hicieron

reaccionar y venir al campo de la verdad. ¡Cuánta satisfacción sentía Fernando con estas convicciones, cómo se regocijaba, qué inmenso gozo disfrutaba!

Así es como fué Selvi, así triunfó, así realizó la mayor aspiración de su espíritu científico y religioso.

Los grandes hombres, decía, son como gigantes, pero sobre cuyos hombros cabalgan pigmeos que ven más allá que ellos. Claro que si, hoy, un mediano estudiante de Medicina, o de cualquier otra Facultad, sabe mucho más que Hipócrates, es porque se lo han encontrado todo hecho.

Bien decíamos en el principio de este libro: Mucho hicieron los que nos han precedido, pero no lo hicieron todo; mucho queda que hacer todavía; mucho quedará que hacer siempre, y por

luengos que sean los siglos, a ningún nacido le faltará ocasión de añadir algo.

Vengan obras sobre obras, libros sobre libros, a engrandecer y a ensanchar la ciencia, que es una gran señora. Sí, la ciencia es como una matrona hermosa con encantos naturales, que no quiere pinturas, ni dijes, ni alhajas, nada de esto, ella se basta para imponerse con su espléndida hermosura, ella, será la reina soberana sentada sobre su trono y derramando fulgores radiantes y deslumbradores, ante el mundo entero.

## APENDICE

### DESPUES DE UNA LECTURA

Ciencia estéril, que vives satisfecha  
Rechazando evidentes realidades,  
Tu saber, vanidad de vanidades,  
Desaciertos de Dios, sin fruto acecha,  
Tu soberbia satánica, desecha  
Lo que consuelo fué de otras edades  
Y mentiras parecen las verdades  
A tu confusa luz de sombras hecha  
Sólo admites la duda sin recelo,  
La conciencia reusas por testigo  
Y llevas con perenne desconsuelo  
En tu propio criterio, tu enemigo,  
Tu propio torcedor en tu desvelo,  
Y en tu propia victoria tu castigo.

*Federico Balart*

Débil debe de ser la razón del que no  
cree más que lo que comprende, por-

que es que no ha comprendido que hay cosas incomprensibles.

*Pascal*

Suprimid la fe y desaparecerá la historia.

*Grocio*

No podemos llegar a saber nada sin haber creído antes.

*Teodoreto*

El hombre se hace mejor a medida que se hace más sabio ; sube a la vez las gradas de la ciencia que las de la virtud. Cuando más adelante penetra su mirada en los misterios de la ciencia, más se llena su corazón de una fe sublime.

*Humfri Dawy*

## CRITICA DEL MATERIALISMO

DE OMNI RE SCIBILI

¡Todo lo sé! Del mundo los arcanos  
Ya no son para mí  
Lo que llama misterios sobrehumanos  
El vulgo baladí  
Sólo la ciencia a la verdad responde  
Y por la ciencia sé  
Que no existe ese Dios que siempre esconde  
El último por qué.  
Sé que soy un mamífero bímano  
(Que no es poco saber)  
Y sé lo que es el átomo, ese arcano  
Del ser y del no ser.  
Sé que el rubor que enciende las facciones  
Es sangre arterial;  
Que las lágrimas son las secreciones  
Del saco lagrimal

Que la virtud que al bien al hombre indica  
Y el vicio, sólo son  
Compuestas de albúmina y fibrina  
En corta proporción.  
Que el genio no es de Dios sagrado emblema,  
No, señores; no tal  
El genio es un producto del sistema  
Nervioso cerebral  
Y sus creaciones de simpar belleza  
Sólo están en razón  
Del fósforo que encierra la cabeza,  
¡No de la inspiración!  
Amor, misterio, bien indefinido  
Sentimiento, placer...  
¡Palabrotas vacías de sentido  
Y sin razón de ser!  
Gozar es tener siempre electrizada  
La médula espinal  
Y en sí el placer es nada o casi nada  
Un óxido, una sal.  
¡Y aún dirán que la ciencia no es prosáica.  
¿Hay nada, vive Dios,  
Bello como la fórmula algebraica  
C igual pi erre dos  
¡Todo lo sé! Del mundo los arcanos  
Ya no son para mí  
Lo que llama misterios sobrehumanos  
El vulgo baladí...

Mas, ¡ay!, que cuando exclamo satisfecho  
¡Todo, todo lo sé!  
Siento aquí, en mi interior, dentro mi pecho,  
Un algo..., ¡un no sé qué!

*Bartrina de Aixemús*

Profesión de fe del eminente y sabio doctor el excelentísimo señor don Marcelino Menéndez Pelayo. Soy católico a macha martillo, como mis padres y abuelos y como toda la España histórica, fértil en santos héroes y sabios, bastante más que la España moderna. Soy católico, apostólico y romano, sin mutilaciones ni subterfugios, sin hacer concesión alguna a la impiedad ni a la heterodoxia en cualquier forma que se presente, sin rehuir ninguna de las lógicas consecuencias de la fe que profeso ; pero muy ajeno, a la vez, de convertir en dogmas las opiniones filosóficas de

éste o del otro doctor particular, por respetable que sea en la Iglesia.

*Marcelino Menéndez Pelayo*

El conocimiento más esencial para la juventud es la Religión, única base de la moral.

*Diderot*

Educad creyentes y no mujeres razonadoras.

*Napoleón I*

La ignorancia es preferible a la falsa ciencia ; por eso soy ferviente partidario de la enseñanza religiosa.

*Víctor Hugo*

El desconocimiento del Ser Supremo es la mayor calamidad para un Estado : Combatir la religión es destruir los cimientos de la sociedad.

*Platón*

No ha existido ni existe nación alguna cuya base no sea la Religión.

*J. Jacobo Rousseau*

Conjuro a los padres de familia a que enseñen a sus hijos el Evangelio, haciéndoles comprender las grandes verdades que contiene ese libro sublime.

*Voltaire*



## PROGRESO

Sabio que nunca te humillas  
Y estudias para negarlas  
Las celestes maravillas.  
¡A Dios, se va de rodillas!  
¡Y tú no sabes doblarlas!  
Ni tu ciencia analizarlo  
Ni tus ojos pueden verlo  
Y en balde esperas hallarlo  
Si en vez de reverenciarlo  
Te empeñas en comprenderlo.  
¿Abarcar quiere tu mente  
Lo infinito? ¡Estás lucido  
Si ignoras, pobre demente,  
Que ha de ser lo continente  
Mayor que lo contenido!  
¡En vano entre los escombros  
De una y otra religión,  
Buscas prodigios y asombros  
Si no nacen en tus hombros  
Las alas de la oración!

Con ellas, se tiende el velo,  
Con ellas se alcanza todo;  
Mas, tú, sin mirar al cielo,  
Te revuelcas en el suelo  
Como un reptil en el lodo  
Desde él con cerviz enhiesta  
Lanzas a la eternidad  
Tu irreverente protesta  
Como tu saber compuesta  
De soberbia y ceguedad,  
Pero Dios, a quien provoca  
Tu voz moviéndole guerra,  
Desprecia tu furia loca  
Y al fin te tapa la boca  
Con un puñado de tierra.

*Federico Balart*

Ni se puede explicar el hombre sin  
la existencia del alma ni el Universo sin  
la existencia de Dios.

*Guibert*

Donde el saber acaba, Dios empieza  
La materia en espíritu se muda.  
¡Qué triste sabio el que, sabiendo, duda.  
Feliz el sabio que, sabiendo, reza!

*José Jackson Veyan*

## LA CIENCIA

¡Ciencia humana! Te venero  
 Porque eres faro potente  
 Que con luz resplandeciente  
 Alumbras el orbe entero.

Tienes en tu noble historia  
 Pasmosos descubrimientos;  
 Los sabios con sus inventos  
 Contribuyen a tu gloria.

Que eres razón y verdad  
 Así lo proclama el mundo  
 Acatamiento profundo,  
 Rindiendo a tu potestad

Leyes sin legislador  
 No las concibe la mente  
 Las tuyas, continuamente,  
 Adoran al Creador.

Por eso la fe cristiana,  
Que también es la verdad,  
Te ama con sinceridad  
Considerándote hermana.

Enemigas nunca fueron  
Dos verdades evidentes;  
Los sabios más eminentes  
siempre así lo comprendieron.

Orgullosos de sí mismos  
Seudo sabios suele haber,  
Que entre la fe y el saber  
Encuentran antagonismos.

Pero es vana su ilusión;  
Les ciega su sectarismo.  
¡Ciencia y verdad, son lo mismo  
Ante la fe y la razón!

*Doctor M. de la Vega*

¡Viva el librepensamiento!  
Viva la Filosofía,  
Pero a nadie le consiento  
Más opinión que la mía.

Por la cultura hay pasión;  
Tan cultos estamos siendo,

Que con tanta ilustración  
Nos vamos embruteciendo.

*Dr. Vega*

La Religión es el aroma que impide  
la corrupción de la ciencia.

*Bacón*



## SOBERBIA CIENTIFICA

Con ansia busca la razón humana  
Los arcanos que Dios quiso ocultar.  
Dogmas augustos, quisiera rechazar  
Tratando de erigirse soberana.  
Pretende con soberbia volteriana  
Ser árbitro en el mundo, ella reinar  
Y con gran arrogancia despreciar  
A la fe que debiera ser hermana.  
¡Ilusión, desvarío, loco empeño,  
Obstínanse en tamaña vanidad,  
Que no puede dejar de ser un sueño!  
El hombre para Dios: ¡es tan pequeño!  
Dios sólo, de las ciencias es el dueño,  
Y en Dios sólo, se encuentra la verdad.

*Doctor Manuel de la Vega*

El doctor don Ildefonso Rodríguez y Fernández escribió y propagó esta hoja cuyo texto va a continuación:

## DEUDA DE GRATITUD Y JUSTICIA

La debemos muchos segovianos al sencillo, cuanto sabio, cariñoso, profesor y humilde eclesiástico que hace poco descendió al sepulcro ; me refiero a don José Mayo.

La deuda de justicia, soy quien menos justamente podrá pagarla ; en cuanto a la gratitud y cariño, me sumo con todos los que fueron sus discípulos, sus admiradores, sus amigos ; y aunque sea el más pequeño de los sumandos, sé que van muchos segovianos en la suma, porque luz fué puesta sobre el candelabro que alumbró la inteligencia de varias generaciones juveniles que le admiraron por su ciencia, y le quisieron como él supo merecerse.

Con respecto a datos biográficos, me conformo con los publicados en el «Dia-

rio de Avisos», de Segovia, siquiera ellos sean como la copia de sus testimoniales ; solamente habré de añadir que la fecha de su nacimiento fué la de 19 de Marzo de 1814, que cursó Latinidad y Humanidades en Peñafiel, empleando en su estudio año y medio, en vez de tres cursos ordinarios, admirándose desde entonces, por sus profesores, las dotes especialísimas de aptitud y aplicación de aquel joven que ya bien anciano supo oficiar otra vez de joven por su lucidez y de maduro, sabio por su ciencia en las oposiciones a la canongía lectoral de Segovia, en la que se honró, acompañándole su discípulo y mi querido amigo, párroco de San Martín, don Eugenio Sanz.

No quiero en don José Mayo pintar al sabio, porque juzgarle lo considero audacia y me lo veda el respeto.

No quiero tampoco retratar o aquilatar, más o menos, al orador tan piadoso como erudito y lógico, a quien oía siendo niño en la novena de los Dolores, de la Orden Tercera de San Francisco, a la cual me llevaba mi madre, logrando triunfar a veces el señor Mayo de mis distracciones infantiles, con sus observaciones, sus citas y su especial acento para llamar la atención de los oyentes.

En aquella novena, como en otras, predicaban casi siempre con el señor Mayo don Narciso Desdé, don Víctor Mateos y los hermanos Revilla (fray Gregorio) y don Mariano (magistral de Segovia) y los hermanos Sancho, que constituían en aquel entonces una pléyade de oradores que nunca se predicaban a sí mismos, sino que fueron campañas evangélicas con voz que sonaba

a verdad, virtud y caridad en todo su vigor apostólico.

En nada pretendo, con tal recuerdo, amenguar el mérito de los predicadores actuales, la verdad y sus hijos siempre son los mismos, y es eco únicamente de cariño el que me lleva a recordar el afán y celo de aquellos antiguos segovianos por la gloria de Dios.

Para hacer la biografía de don José Mayo, tal como se debiera, confieso que no llego, que no me basto, que tendría que asociarme a algunos más de sus discípulos, que necesitaría más datos y hacer en ella el debido orden y diferentes aspectos, bajo los que pueden ser estudiado el eminente sabio y humilde sacerdote, que, más que profesor, fué de todos cariñoso amigo y brillante ejemplo de lo que puede llegar a ser la

ciencia cuando tienen por molde la humildad y el virtuoso ejemplo.

Aporto a esta biografía únicamente mis personales recuerdos, y celebraré sirva de estímulo para redactarla y escribirla a cualquier otro de sus muchos privilegiados discípulos.

Aún era yo niño, pues cursaba Latinitad y estando después de clase con el inolvidable don Santiago Otí recibiendo encargo de traducir cierto período de los autores latinos, entró en la clase don José Mayo, prestó atención a lo que decíamos y dirigiéndose a mí, con su afabilidad acostumbrada, me preguntó: ¿Qué pueblo de la antigüedad fué el más civilizado? El griego, le contesté sin titubear. Y bien, me dijo: ¿Tú crees que desde el salvajismo se puede ir a la civilización? Sí, señor, contesté. ¿Y desde la civilización al salvajismo?,

me interrogó de nuevo. No, señor, le dije con cierto enérgico tono. Le vi ligeramente sonreír y, dirigiéndose al señor Otí, salieron ambos de la clase.

Pasaron treinta años, y estando yo con el virtuoso maestro oyéndole, como siempre, con admiración y respeto, se detuvo un momento y, mirándome de un modo especial, me dijo:

¿Se puede ir desde la civilización al salvajismo? Magnífica memoria tiene usted, don José, le dije, y la pregunta viene redactada hasta en los mismos términos, yo no soy aquel niño de entonces, ¡ya estoy con la barba blanca!, ¡ya lo creo!, que desde la civilización se puede ir al salvajismo aunque sea culto, que es tanto peor, creo por desgracia que en ese camino nos encontraremos. Quedóse pensativo ante mi res-

puesta y como si hablase consigo mismo, empezó a decirme :

Es cierto; los pueblos libres de ahora... la libertad... la igualdad... ¡Qué palabras tan hermosas en el concepto cristiano ! ¡Qué falsas y qué envenenadas desde que las ha hecho suyas la política !

La libertad... ¿Y qué es la libertad sin la justicia ? ¿Y qué es la igualdad sin la humildad ? ¿Y qué es la tan ponderada fraternidad sin la caridad cristiana ? Nunca seremos libres sin ser justos. Nunca seremos iguales si no doblamos la rodilla todos ante Dios nuestras frentes soberbias. Nunca seremos hermanos iguales, ínterin el fuego de la caridad no consuma en nuestros corazones el mortífero egoísmo, el necio orgullo, la detestable envidia, la impúdica lujuria o la sórdida avaricia.

Mientras que la ley del Crucificado no impere en la tierra y no tengamos un solo padre, que es Dios, ni seremos hermanos, y amagada y mucho, ha de hallarse la actual sociedad de ir a caer en la sima de la barbarie y del salvajismo.

Calló el señor Mayo, como si hubiera concluído su meditación o su profecía y cambiando de tono siguió hablando de algunas otras cosas.

Cuando más tarde, leía yo en Luis Venllot, ciertas frases muy parecidas a las de don José Mayo, me decía al comparalas: ¡Cómo se parecen unos a otros los hombres eminentes en virtud y ciencia!

Si de don José Mayo se habló siempre como eminente filósofo y como profundo teólogo, no probó menos su saber, puede decirse enciclopédico, al exponer la Hermenentica Sagrada, añá-

diendo a su perfecto conocimiento de las Sagradas Escrituras, el de la Geología, Paleontología, Antropología y demás ciencias auxiliares y naturales tan precisas para la inteligencia y explicación del Texto bíblico.

Las dificultades le enardecían, tomaba siempre en serio todas las objeciones, tan atento en considerar al adversario como en defender la verdad.

Le oímos con tanta naturalidad como ardimiento defender la universalidad del diluvio, las teorías del Andherson para explicarle, y se le veía gozar cuando exponía y desenvolvía ese perfecto acuerdo que existe entre la verdad religiosa y la verdad científica, entre la fe y la ciencia.

Don José Mayo fué también distinguido poeta pero, criticándose a sí mismo, decía humildemente en cierta oca-

sión: «Yo me empeño en meter mucha verdad en mis poesías y conozco que les falta a mis versos locura poética; el verso necesita cierta ficción graciosa y son pocos los ratos perdidos en que todo esto pueda ocuparme. Acaso muchos ignoran que fué distinguidísimo matemático; no todos sabrán que, en muchas ocasiones, los problemas difíciles de Algebra superior, que se plantearon en la Academia de Artillería, quedaban airosamente resueltos en la mesa del sacerdote humilde, y recuerdo como muy digno de mencionarse, que habiendo en cierta ocasión un célebre matemático francés ofrecido un premio a la Corporación científica o individuo que le resolviese un problema, anduvo el jeroglífico matemático por varias Academias de Europa y por los Centros doctos de la Corte, sin que se acertase

su solución. Llegó el problema a la Academia de Artillería de Segovia y los profesores, cansados de darle vueltas, le dejó por imposible. Ocurriósele al director de la Academia llevarse a nuestro don José Mayo, y éste, después de releerle, solfearle y darle mil rodeos, le dijo al jefe de la Academia: «Esto, no es limpio, aquí hay mala fe, esto es impropio de un representante de las Ciencias exactas; hágame el favor de volver mañana». Al día siguiente, la incógnita estaba resuelta; don José dió explicación y desarrollo del cálculo; había una trasposición o falsa disposición de términos y el señor Mayo dijo en su tono habitual: «Ahí lo tiene usted. ¿Eh? Mire si la lógica es necesaria hasta en las matemáticas».

El director de la Academia de Artillería, admirado, le contó la historia del

jeroglífico y lo del premio y entonces, levantándose nuestro modesto don José, le dijo terminantemente: «Es que ahora yo le prohibo a usted para siempre que diga nada de todo esto, ni de quién ha resuelto el problema ; es que yo no quiero que de ningún modo se sepa». Guardóse por algún tiempo el secreto, mas no faltó quien no pudo callarlo y me complazco en referirlo.

Pero no es en realidad todo esto lo que nos hizo tan querido al docto profesor a todos sus discípulos ; por su saber todos le admiramos, mas por lo que todos le quisimos, fué por su corazón.

Si la ciencia escogió por sitio predilecto su cerebro, la bondad eligió por morada su corazón y transigiendo siempre con las juveniles travesuras propias de los pocos años, sabía reprender en-

señando, convenciendo y rebosando en todos los cosos más cariño que ira, más deseos de corregir que de castigar. Para reprender, alto como era, se ponía er-  
guido ; miraba poco al que le amones-  
taba y se anticipaba en ofrecer por el  
reprendido la enmienda, dando frecuen-  
temente al fin de su arenga y después  
de algunos pues, uno más alto, pues no  
faltaba más.

En fin, era lo único que no sabía,  
esto es, reñir.

Así como ya confieso que lo único  
que sé es acordarme de él con verdade-  
ro afecto, no biografíarle debidamente  
ni elogiarle siquiera, sino únicamente  
cumplirle una promesa que le hice al  
rezarle por tener noticia de su muerte.

La primera vez que vuelva a Segovia,  
me dije, mi primer cuidado será  
el dedicar un recuerdo al inolvidable

cuanto querido maestro don José Mayo.

Cumplo mi promesa, diciendo muy poco de lo mucho que él supo merecerse ; y viva el sueño de los justos y descanse en paz el que tan justo y pacífico fué mientras vivió.

*Dr. Ildefonso Rodríguez y Fernández*

Fernando Aldama Bracamonte de la Roca era un gran orador ; en un acto literario organizado por los ingenieros tuvo un discurso ; algunos de los párrafos van a continuación :

Constantemente está la humanidad en lucha y desasosiego ; los grandes, los pequeños, los humildes, los sabios y los que no lo son... todos, absolutamente todos, sienten ansias de algo que no es posible encontrar, y, es, que la felicidad absoluta no existe en el mundo. El

hombre tiene anhelos de verdad y de goces, pero éstos son efímeros, transitorios, fugaces.

Engáñase el filósofo materialista con hipótesis más o menos especiosas ; trata de crear antagonismos entre lo que no puede haberlos ; se equivoca el sibarita que canta un himno a la vida muelle y refinada ; yerra todo aquel que con teorías extrabagantes y originales hiere a la ciencia, a la moral, a la justicia y a la razón. ¿Por qué este malestar social? ¿Cuál es la causa de tantos trastornos en el orden científico, religioso, económico y doméstico? Bien fácil es comprenderlo.

A los hombres les sucede lo que a los ríos, mientras van por sus cauces naturales no hacen daño, antes son beneficiosos, pero cuando se desvían, cuando se desbordan, cuando crecen y se salen

de madre..., todo lo arrasan, todo lo destrozan, todo lo perturban...

Grande, respetable, útil, beneficiosa en alto grado es la libertad humana, ella contribuye al progreso y al desarrollo de las ciencias y de las artes, cuando se contiene dentro de sus justos límites, pero si se abusa del libre albedrío, degenera en libertinaje, que es la perversión, que es el oprobio, el estado patológico de la libertad.

¡Gloria a la libertad, es un don de Dios, pero entiéndase bien, la libertad bien entendida, no libertades de perdición, como las llamó el gran Pío IX !  
¡ Paso a la libertad buena, paso al progreso, paso a todo lo que sea engrandecer a la ciencia y a cantarla una oda y unas endechas de admiración !

Vivimos en tiempos llenos de progreso ; telégrafo, teléfono, telegrafía sin hi-

los, radio, rayos X, aviación ; todo esto es hermoso, sublime ; todo esto honra a la humanidad, que, obedeciendo a las disposiciones intelectuales y genio que el Creador ha dado a los hombres, le dan gloria con estos descubrimientos asombrosos.

¡Cantemos, sí ; enorgullezcámonos con estas manifestaciones del ingenio humano y no corrompamos con aberraciones insensatas lo que exhala un perfume deleitoso, lo que está lleno de magnificencia, de gloria y de esplendor !

La libertad todo lo vivifica, todo lo engrandece, todo lo llena con su brillantísima luz ; ella, llena de color y de vida a la ciencia, a las artes, a las industrias ; ella, en una palabra, es un bien positivo cuando no se bastardea ni se prostituye con el mal uso.

¡Loor, pues, otra vez a la libertad y ella sea siempre regeneradora, beneficiosa y grande! ¡Que brille con vivos y radiantes colores, que alabe a Dios! He dicho.

Una estruendosa salva de aplausos estalló al terminar Fernando Aldama su magnífico discurso; su esposa la bonísima Elena, que con su niña estaba allí, recibió muchas enhorabuenas; ella se emocionó al ver el triunfo de su Fernando.

Fernando Aldama ha expresado todo lo que siente; ya deja dicho la mudanza radical que experimentó, ninguna cosa omitió; ahora, sólo desea que los hombres sensatos y conscientes obren como deben y realicen una gran racción en su espíritu. Así lo espera; esta, también, es la apreciación del autor de este libro.

F I N



## A MARIA GORRIA

Fuiste una esposa modelo,  
Me quisiste con ternura,  
Tuve a tu lado ventura.  
¡Me hiciste la vida un cielo!

¡Ya no estás, dulce María!,  
Santificando este hogar.  
¡Ya en él no puedo encontrar  
Lo que antes en él tenía!

Poseías alma pura,  
Y conciencia delicada;  
En ti nunca encontré nada,  
Más que bondad y dulzura.

Tus labios no pronunciaron  
Palabras de odio y rencor,  
Ni tuviste más que amor  
Para los que te trataron.

Sólo odiabas el pecado,  
La mentira, la injusticia,  
Y te mostrabas propicia  
A perdonar al malvado.

La virtud de la humildad  
Practicaste a maravilla,  
Pues fuíste siempre sencilla,  
Franca, y de noble piedad.

Con muy discreta prudencia  
Y esmerada educación,  
Nunca hiciste ostentación  
De tu culta inteligencia.

Había en tu corazón  
Caritativo y hermoso  
Un manantial muy copioso  
De ternura y compasión.

Al socorrer, con anhelo,  
Tus limosnas apuntabas  
En el libro que llevabas  
Para la cuenta del cielo.

Orabas con gran fervor  
Y mucho recogimiento,

Teniendo tu pensamiento  
Siempre puesto en el Señor

Todos cuantos te trataron,  
Tus virtudes conocieron.  
¡Y por eso te quisieron,  
Y por eso te lloraron!

Te fuíste con Dios, santita;  
Pídele por tu marido,  
Que piensa en ti entristecido  
Y en tu memoria bendita.

Sufro y lloro resignado;  
Tu ausencia, esposa querida,  
¡Poco me resta de vida!  
Pronto volveré a tu lado.

Su esposo,

*Manuel de la Vega*

¡María Gorría! La ideal, la buena, la santa, la que tenía ternuras infinitas en su corazón.

Era dulce, discreta, observadora, desinteresada, formal, veraz. Su gran talento la hacía admirar de cuantas personas la trataron.

No tenía apego al dinero; sumamente caritativa y de una piedad sólida. Vestía con distinción, pero sin vanidad. Jamás quiso que su padre (al que veneraba), ni su marido, la compraran joyas, decía que eran cosas superfluas y que llevaban a la vanidad. Amó a su padre, hombre de grandísimo talento y muy caballero, y a su marido, con delirio: hasta en los actos íntimos del matrimonio era honesta.

Rezaba con grandísimo fervor; se extasiaba hablando de Dios; odiaba

el pecado. Jamás cometió un pecado mortal y su confesor, que era un jesuita, decía que no encontraba en ella materia que hiciera necesaria la absolución. Conciliadora, pacífica y de un carácter dulcísimo. Parecía un ángel. Su trato, afable; sus modales, sencillos; su educación, esmeradísima. Gozaba haciendo bien. Una vez dió dos mil pesetas para una necesidad, y dijo a su marido: ¡¡para la cuenta corriente del cielo...!!

¡Cuántas bendiciones la echaron! Hablaba el francés a la perfección, y tenía una cultura extraordinaria. Tocaba el piano primorosamente y leía con gran perfección. Muy prudente en todos sus actos, antes de hacer una cosa, lo pensaba mucho y no dió su opinión sino después de maduro examen. Nunca cantó, pero sí era muy aficionada

al divino arte de la música, que, como decía Cervantes, compone los ánimos descompuestos y alivia los trabajos que nacen del espíritu.

Vivió constantemente amando a Dios, a su marido y a su casa. Dirigía su hogar con mucho tino y se ocupaba hasta de las cosas más pequeñas.

No podía resistir que hablaran mal del prójimo, ni aun de los malos, pues decía que Dios nos juzgaría a todos. Amaba a los niños con ternura y manifestó su delicadeza de sentimientos con ellos. Son criaturas de Dios, ellos son ángeles, no tienen dolo, son todo candor e inocencia.

¡Qué buena fué María Gorría ! A los pajaritos les quería como San Francisco de Asís (el pobrecillo) y las flores eran su embeleso. Se pasaba muchas horas en el jardín de su casa entreteni-

da inocentemente con las plantas y las flores. Allí rezaba, leía y recibía visitas en el verano. Cuando veía a su marido se alegraba su rostro.

Recordaba a su padre constantemente, y rezaba por su alma. Con los criados era afable, dulce y cariñosa ; jamás les reprendió sin motivo, pues era la misma justicia. Todo acto injusto le rechazaba indignada y nunca dijo una mentira, pues decía que la mentira era indigna de cristianos y de caballeros. Los criados la adoraban. Ella besaba con frecuencia a las criadas y decía que eran hermanas nuestras, no esclavas.

Las educó admirablemente, las encauzó por buenos senderos y se complacía en hablar con ellas.

¡Todo lo hizo bien la inolvidable María Gorría, todo ! Su santa memoria perdurará entre los que la quisimos.

De jovencita, su cariñoso padre la compraba caballos magníficos y pagaba muy bien pagado al profesor de equitación para que la acompañara en sus paseos. Era monísima y tenía un cuerpo esbelto. Hasta los caballos la querían. Cuando la sentían bajar, volvían la cabeza. A los pajaritos les llamaba hermanos, como San Francisco y les echaba miguitas de bizcocho en los inviernos, cuando no podían comer los animalitos. Los perros, también constituían su encanto. Su padre tenía unos hermosísimos, legítimos, que costaron mucho dinero, del Monte de San Bernardo y los llevaba muchas veces de paseo. ¿Qué más hay que decir de María Gorría? ¿Qué? Pues que fué buenísima, un dechado de bondad. Orgulloso sentíase su esposo de ser su

compañero. ¡No había de sentirse orgulloso si era la misma perfección !

¡Bendita sea su dulcísima memoria, bendita !

Murió santamente, alabando a Dios y enfervorizadísima. Era una santa, pues ofreció a Dios el sacrificio de su vida y recibió todos los últimos Sacramentos con grandísima devoción.

Todos los días oía misa y comulgaba en ella ; sus comuniones eran fervorosas.

Fué buena española y buenísima segoviana. ¡Gloria, bendición y honor respetuoso a María Gorría la buena !



## CONCLUSION

He terminado este libro, que con tanto gusto escribo ; ya han visto mis lectores la reacción favorable operada en el alma de Fernando Aldama de la Roca. Hombre culto y de buen natural, de alma sana, de corazón recio, de espíritu abierto y dispuesto para el bien. Igualmente hemos contemplado a la excelente esposa de Fernando, mujer de temple espiritual, de grandes delicadezas, de virtudes cristianas y cívicas ejemplares. Elena, como María Gorría, eran dos mujeres de esas que hubiera ensalzado el gran Fray Luis de León en su «Perfecta Casada». Fueron bue-

nas hijas y excelentes esposas, infundían tranquilidades. Para ellas, obrar el bien era su más grata satisfacción. Fernando Aldama y Manuel de la Vega, fueron dichosos en su matrimonio. ¿No habían de serlo? ¡Si tenían unas mujeres ideales! Amaban a Dios, conservaban con tierno cariño la memoria bendita de sus padres y querían con delirio a sus maridos.

Españolas, segovianas, y ante todo cristianas perfectas, además de sus atractivos espirituales, eran bellas y muy educadas, ambas con talento y mucho corazón. ¡Orgullosos se sentían Fernando y Manuel de sus mujeres, se consideraban con ellas los más dichosos del mundo!

¡Ya no está en él María Gorría, ya se fué al cielo, ya está su marido lleno de pena, pero también de tranquilidad

al considerar que está en el cielo gozando de la bienaventuranza eterna, porque Dios es la misma justicia y premia a las almas que le amaron en el mundo ! Cuantas personas me hablan de María Gorría, lo hacen llenas de amor y de veneración. Tuvo virtudes excelsas, caridad tiernísima y fervores de santa. Se deleita uno al recordarla, se extasía el alma al contemplar sus buenas obras, se eleva el corazón al pensar en ella. Imposible que haya una mujer mejor que María Gorría. Su padrino, el excellentísimo señor general don Julio Fuentes y Forner, me decía que María era una mujer excepcional y así era verdad. La quería con delirio, la llamaba su hija mayor. En su casa, María Gorría era queridísima, sus doncellas Victoria-na, Germana y Carmen, la adoraban, se estaban mirando en su señora y la

besaban con ternura. María también las besaba a ellas, porque decía que no eran siervas, sino hermanas nuestras. Pobrecita mía, qué estela de bondades y ejemplos dejaste !...

¡ Honor a María Gorría, veneración a María Gorría, amor a María Gorría ! Segovia, su ciudad natal, era para María Gorría centro de sus amores, su casa de la plaza de San Esteban, número 13, su nido de amor ; en ella amó a Dios, a su marido y a todos, y en ella, santificó con sus virtudes todo su ambiente.

Nada más ; que ella nos mire desde el cielo, que ella pida por mí y también por mis lectores queridos, a los que pido una oración por María Gorría.

LAUS DEO

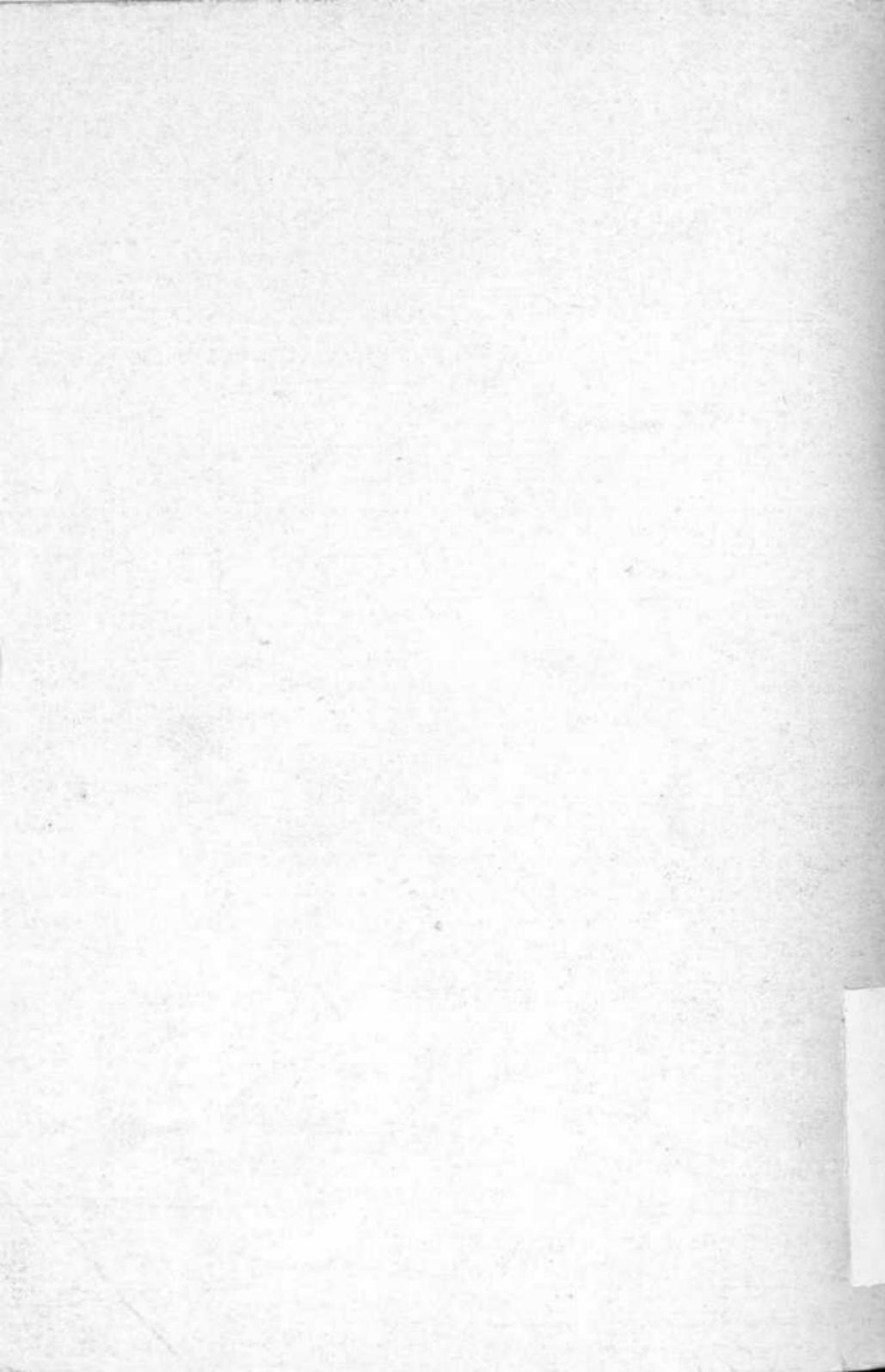
*Se acabó de imprimir este  
libro en la Imprenta de  
EL ADELANTADO  
el día 30 de Agosto  
del año del Se-  
ñor de 1936*





201 #





4519

MA

MO

ME

DO

LC

LA

RM

CC

CC

CC

CC

CC

CC

CC

CC

CC